

Dausa

Un momento para reflexionar y disfrutar

L"N MOR ABI ELIAHU BEN LIZA Z"L

El Jajám, el árabe, la vela y el oro

Hace aproximadamente cuatrocientos años atrás, vivió en Túnez, el Gran Rabino Semah Sarfati z"l (1624-1717). En el libro del Jidáh, relata el siguiente episodio.

El Rab Semah, se encontraba constantemente abocado a la escritura. Todas las explicaciones y descubrimientos que encontraba mientras profundizaba en el Talmud, debían ser escritas. Del mismo modo, cada vez que leía libros de otros autores, siempre escribía sus acotaciones al pie de página.

Sucedió cierta vez, que estando en su casa estudiando durante la noche a la luz de la vela, esta se le apagó a causa de un fuerte temporal que azotaba la ciudad. La oscuridad era total. Los fósforos, aun no serían inventados hasta el año 1827, por lo que no era una opción válida –todavía– para volver a encender la vela. La solución era simplemente pedirle fuego a un vecino. El problema ahora era ¿Quién estaría despierto a esa hora de la madrugada como para pedirle fuego?

Tomó un vasito de aceite y una mechita y salió en medio de la tormenta hacia la panadería. El panadero prendía el horno apenas entraba la noche, y dejaba a su empleado árabe amasando las masas necesarias para el día siguiente. Una vez hechas las masas, las dejaba levar con el calor que envolvía el recinto y el empleado se iba a dormir a su pequeña habitación que estaba en el fondo del local.

Como afuera el viento era muy fuerte, el empleado decidió poner su cama detrás de la puerta del negocio, así cuidaría que el viento no las derribase. Para más seguridad, puso también entre su cama y la puerta, una gran viga sumamente pesada.

-“¡Abú Ahmed! ¡lftah el bab!” (Abu Ahmed, abrí la puerta) –gritó el Jajam.

-“¿Min hada?” (¿Quién es?) –preguntó el empleado.

-“Ana, Semah” (yo, Semah) –respondió el Rabino.

Al reconocer la voz del Gran Rabino, se levantó de la cama, corrió la pesada viga y dejó pasar al Rab.

El Jajam le comentó lo que sucedió con la vela y el árabe decidió ayudarlo. Luego de encenderle la vela, le recomendó caminar con lentitud y sumo cuidado, para que el fuego no se apague. El Rab se fue muy agradecido y el árabe, acomodó nuevamente la viga y su cama detrás de la puerta y se dispuso a dormir...

-“¡Abú Ahmed! ¡lftah el bab!” –se escuchó nuevamente.

-“¿Min hada?” –preguntó el empleado.

-“Ana, Semah. Taf el nur” (se apagó el fuego).

Otra vez, el empleado corrió todo para darle paso al Rab. Regañándolo por no hacerle caso de caminar despacio, le encendió de nuevo la mecha y lo despidió sin antes advertirle que no le abriría la puerta una vez más.

Con sumo cuidado, fue caminado el Jajam haciendo tefilá para que el fuego no se apague, pero, cuando estaba por llegar a su casa... se apagó.

El Rab Semah, quien no se daría por vencido, ya que él quería estudiar y necesitaba luz, se dirigió una vez más a la panadería.

Al escuchar el llamado del Jajam, el árabe le dijo que no le abriría, tal y como ya le había advertido, dado que la viga era demasiado pesada como para moverla él solo a cada rato.

-“Si me abris, te bendigo que tengas oro como el peso de la viga” –retrucó el Rab Selah.

El árabe, que sabía que las bendiciones del Jajam eran famosas por su gran poder de efectividad, saltó de la cama rápidamente y abrió la puerta. Luego de prender la vela, lo acompañó al Rab hasta su casa, para verificar que no se apague nuevamente. No sea cosa que termine perdiendo su berajá...

Así fue que, gracias a D's, llegaron a la casa con la vela prendida y el Rab pudo estudiar Torah y seguir escribiendo durante toda la noche.



Dos semanas después...

Un empresario muy adinerado entró a comprar a la panadería. Al ver a Abú Ahmed que trabajaba muy bien, le cayó en gracia y le ofreció un empleo momentáneo en el cual ganaría cinco veces más de su sueldo actual.

El empleado no lo dudó y se marchó con su nuevo empleador. Subieron a la carroza, y le pusieron una capucha en la cabeza para que no pudiera ver a donde se dirigían, ya que era un lugar secreto.

Al llegar, lo metieron en una habitación y le sacaron la capucha de la cabeza. Pudo ver que, era una pieza sin ventanas, en la cual solo había una silla, una mesa, una cama y dos barriles. Su función allí, era lustrar las monedas de oro que estaban en los barriles hasta dejarlas bien brillosas. Él tendría todo lo que pidiera, comida y descanso. Tenía 48 horas para realizar el trabajo. Si lo llegaba a terminar antes, su sueldo sería duplicado.

Así fue que en menos de dos días el empleado lustro todas las monedas, cobró su sueldo y lo llevaron a su local, nuevamente con la cara tapada.

Luego de varios días, pasaba el árabe por la plaza del pueblo, donde distintos vendedores anunciaban lo que tenían para la venta. Los productos iban desde chucherías, hasta casas y terrenos. Entre los tantos vendedores que pregonaban, uno le llamó particularmente la atención a Abú Ahmed. Se vendía una casa muy grande, la cual había que repararla, a un precio muy bajo, ya que el dueño estaba desaparecido y no había descendientes. Algo raro pasaba con ese terreno. Aquí había gato encerrado...

Se acercó a hablar con el vendedor y luego de regatear el precio, pidió ir a visitarla. Al llegar al lugar, pudo reconocer que esta era la casa donde él había estado lustrando las monedas. Enseguida arregló con el "inmobiliario" que la compraría, pero pagaría ahora solo una parte en efectivo, y el resto del dinero lo pagaría en cuotas. El vendedor aceptó, firmaron un documento, y este se marchó, quedando el árabe solo en la propiedad.

Cerró todo muy bien para que nadie vea desde afuera, tapó las ventanas y demás, fue a la habitación donde él trabajó y comenzó a excavar. Luego de unas cuantas paladas, se chocó con algo duro. Eran los barriles que había lustrado. Vacío las monedas en varios trapos y salió de la casa. Para no llamar la atención, decidió cambiar el oro por monedas más comercializables y se marchó de la ciudad, dejando al inmobiliario esperando para cobrar el resto de las cuotas.

Pasaron diez años, y el Rab Selah tenía el sueño de ir a vivir a Israel. Para eso, necesitaba un permiso del gobierno turco, ya que en esos días la tierra de Israel estaba bajo dominio del Imperio Otomano. El Rabino

viajo a Estambul, en busca de dicho permiso.

Al llegar allí y comenzar a gestionar los papeles, le explicaron que era un trámite que tomaba meses llevarlo a cabo. Sin muchas opciones, rentó una pequeña habitación y fijó su estadía en el Bet Hamidrash local.

Un día, mientras volvía a su casa luego de estudiar, escucha que alguien lo llama. Sorprendido giró para ver quien lo buscaba. Lo sorprendente era ¿Quién lo conocía en Estambul?

De repente, ve una magnífica carroza, digna de un magnate, y en su interior sentado un hombre vestido con ropas reales.

-“Jajam Selah! ¡Lástima que la viga no pesaba el triple! Su bendición se cumplió en dos semanas” –dijo el hombre rico. No era otro que Abú Ahmed.

Luego de averiguar qué era lo que lo traía al Rab a Estambul, el árabe dio la orden a su chofer de dirigirse a la municipalidad. En cuestión de pocas horas, el Rab Selah tenía la visa en su mano.

-¿Qué va a hacer el Rab a Tierra Santa? –preguntó Abu Ahmed.

-Voy a abrir una yeshiva, donde la gente venga a estudiar Torah. (Rab Selah)

-¿Y cómo se van a mantener estos estudiosos? (Abú Ahmed)

-Ya veremos...La salvación de Hashem no tarda en llegar... (Rab Selah).

En seguida Abú Ahmed entregó al Jajam una bolsita con varias monedas de oro, suficientes como para abrir la yeshiva y mantenerla por un largo tiempo. Pero, además se comprometió a enviarle mensualmente una cuota para ayudarlo con los gastos.

"כי נר מצווה ותורה אור"


Dijo el Rab Selah: todo este mérito fue gracias al esfuerzo que hice aquella noche para conseguir una vela para estudiar Torah.

Todo el esfuerzo que la persona pone en el estudio, queda registrado frente al Boré Olam. En el momento que Hashem lo vea correcto, activará dicho mérito y le traerá la salvación.

Shabat Shalom!

Shelo Duer

Recíballo en
su casilla de mail
sheloduer@hotmail.com

 +54 9 11 3035-3468

 dirshu.co.il/category/pausa